

CARLOS HERRERA CARMONA
PILAR MANZANARES OLAVEZAR

EN LA TIERRA DESNUDA
(muerte y resurrección de Antonio Machado)



1ª Edición, 2021

Editorial DALYA

Jilguero 14

11100 San Fernando

www.edalya.com

Copyright © by Carlos Herrera Carmona y Pilar Manzanares Olavezar

All rights reserved under International Copyright Conventions.

Reservados todos los derechos sobre este libro.

© Libroautor S.L.

No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, multimedia o digital, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Diseño: Rodrigo Parrado

Carlos Herrera Carmona y Pilar Manzanares Olavezar

En la tierra desnuda (muerte y resurrección de Antonio Machado)

ISBN: 978-84-17391-71-3

D.L. CA 293-2021

Printed in E.U. / Impreso en U.E.

Al claustro de profesoras y profesores del antiguo Instituto de Bachillerato Cervantes de Madrid por su valentía y perseverancia a la hora de levantar sus voces contra una injusticia: que aún en los años ochenta siguiera pesando sobre la memoria de Antonio Machado un expediente de depuración que intentaba así borrar su pasado como docente.

Nuestro especial agradecimiento a la profesora Milagros Fernández Fernández-Cuesta que formó parte de aquella gesta y cuyo testimonio nos ha inspirado a escribir esta historia.

ÍNDICE

Prólogo de D ^a Milagros Fernández	13
Sugerencias para la puesta en escena	22
<i>Initium</i>	24
La gran mentira	26
En el jardín de la fuente	29
Camino de la frontera	34
Adiós, España	40
Tránsito	44
Frente a un mar extranjero	49
El último viaje	54
Parada y fonda	59
Justicia poética	63
<i>Manifestum</i>	73
Bajo los cielos de Francia	77
Mediterráneo	84
Recuerdos de palacio	89
Final de trayecto	94
Derrotados	101
Paraíso	104
En el tercer mundo	107
Machado vuelve a las aulas	112
Postremo	117
Bibliografía y documentación	121

La verdad no es lo que nos hace pensar, sino lo que nos hace vivir.

Miguel de Unamuno.

... islas flotantes en una España hundida ...

Deodoro Roca.

Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú. Donde haya un error que enmendar, enmiéndalo tú. Donde haya un esfuerzo que todos esquivan, hazlo tú. Sé tú el que aparta la piedra del camino.

Gabriela Mistral.

“Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar”

1906

A handwritten signature in black ink that reads "Antonio Machado". The signature is written in a cursive, flowing style with a long horizontal stroke extending to the right.

Amigos, tengo el emocionado placer de presentar el texto *En la tierra desnuda (Muerte y Resurrección de Antonio Machado)* del que son coautores D^a Pilar Manzanares Olavezar y D. Carlos Herrera Carmona.

Esta obra inédita sobre la figura del ilustre poeta sevillano y su experiencia vital como poeta, hombre comprometido de su tiempo y profesor de instituto, es el colofón dramatizado de una de las injusticias más ignominiosas que se hizo con Antonio Machado. El 25 de junio de 1936 el profesor de Francés del Instituto de Enseñanza Media Cervantes de Madrid, Antonio Machado, firmaba las últimas actas del curso: todos los alumnos habían aprobado. Sería su último acto docente pues, como sabemos, una terrible guerra civil se inició unos días después acabando con la normalidad de la sociedad española. Machado no volvería a las aulas y en 1941 las autoridades franquistas le despojarían con un expediente de depuración vergonzoso de su dignidad de profesor.

Ninguna institución educativa, cultural o académica se acordó nunca de reparar esta infamia y no fue hasta 1981 que se logró rehabilitar su dignidad de profesor a petición unánime del claustro de profesores del Instituto de Bachillerato Cervantes de aquel momento.

Yo llegué en 1979 al Instituto de Bachillerato Cervantes para ocupar mi plaza de Profesora Agregada de Instituto de Geografía e Historia. Todavía recuerdo la impresión que me causó traspasar el atrio y entrar en su imponente vestíbulo cubierto de bóvedas de arista, al fondo la cristalera de acceso a un claustro revestido de hiedra y lleno de rosas, era primavera. Pero lo que más me fascinó y emocionó desde el primer día, fue la lápida de mármol amarillento que rezaba en grandes tipos de letra capital en el testero de la escalera principal:

In memoriam de Antonio Machado, el claustro de profesores le dedica este homenaje en el XXXI aniversario de su muerte, profesor del Instituto Cervantes en los años 1934-39.

Desde ese momento, supe que mi destino profesional en el Cervantes sería para siempre.

A partir de entonces formé parte de su pequeña e íntima historia, en la que nuestro ilustre profesor Machado era el emblema más importante; por eso, en lo que pude, siempre perseguí su rehabilitación, tanto con la búsqueda de sus recuerdos como con mi humilde voto para reclamar su reparación en 1981. Años después, rebuscando en los archivos del centro encontré un frío papel administrativo del 30 de octubre de 1940 que declaraba oficial «su muerte en un campo de concentración francés» con errores graves de contenido. De nuevo y siempre, el vuelco en el corazón de la mano de Machado.

Apellidos y nombre del Catedrático Fallecido
MIGUEL SUZ (ANTONIO)

Instituto en que sirvió últimamente
«CERVANTES» DE MADRID

Fecha del fallecimiento
16 Febrero 1981 en un
 campo de concentración
 en Francia.

Vta. o tutor de los herederos
OSCAR VIEIRA DON FERNANDEZ.

Madrid, 30 de Octubre de 1980.
 El Director del Instituto «Cervantes»

Enrique Martínez

En ese año 1981, histórico por graves amenazas de ruidos de sables en el Congreso, se conmemoraba el 50 Aniversario de la fundación del Cervantes. Consideramos que sería la mejor ocasión para dar un baño de dignidad a la enseñanza media pública que luchaba por mejorar en calidad y rigor y, además, ayudaríamos a restañar las viejas heridas que la reciente historia de España había abierto a profesores de nuestro claustro en el pasado. En seguida, la comisión que se creó, de la que formé parte, puso en marcha lo que para nosotros debía ser el eje vertebrador de todos los actos: **la rehabilitación de Antonio Machado como catedrático de Francés de nuestro instituto, acompañada de la anulación de todo el expediente de depuración hecho contra él el 7 de julio de 1941.** El Cervantes nunca se había olvidado de su compañero ilustre pues ya en 1970 (todavía años peligrosos para realizar homenajes públicos al poeta), el claustro se había atrevido a colocar un mármol, al que he aludido anteriormente, en su recuerdo presidiendo

la escalera de su edificio principal que fue inaugurado por el académico Gerardo Diego; aunque parezca mentira entonces nadie se acordó de rehabilitar al poeta.



En 1981 con nuestra demanda, pretendíamos saldar no sólo la tremenda injusticia cometida con Machado dos años después de muerto, sino también homenajear a aquellos profesores depurados, suspendidos, inhabilitados para ejercer su magisterio...o lo que es peor, encarcelados y exiliados.

Recuerdo todavía con emoción la sesión del claustro del 12 de diciembre y el acta aprobada por unanimidad en la que solicitábamos al ministro de Educación, Federico Mayor Zaragoza, la rehabilitación profesional y administrativa de Antonio Machado.

EN LA TIERRA DESNUDA
(muerte y resurrección de Antonio Machado)

OBRA DIVIDIDA EN VEINTE ESCENAS

DRAMATIS PERSONAE

EL POETA

LA MADRE

JOSÉ

MATEA

LA NIÑA

GUIOMAR

ABEL y LOS CUATRO CAMINANTES

INITIUM

Zona 2

Proyección: limonero (detalle).

Telón de gasa.

Suave oleaje. EL POETA sobre el centro de la pasarela de espaldas al público. Entran LOS CAMINANTES en fila india con sus maletas y las van dejando bajo la pasarela. Luego se tumban en el suelo y quedan allí inertes. Entran ahora al mismo tiempo LA MADRE y LA NIÑA. LA MADRE se acerca a LOS CAMINANTES y los va examinando con delicadeza. LA NIÑA se queda sobre la escalinata.

LA NIÑA.—

¡Ay si pudiera jugar
con el agua de la fuente!
¡Lástima que en vez de agua
solo veo nuestra muerte!

Los frutos del limonar
al son del aire se mecen:
heraldos que traen la sombra,
transido queda el doliente.

Hendida de luz de luna
su amada, vestal inerte,
se aleja —pálida diosa— por
el bosquecillo verde.

¡Ay si pudiera soñar
con el agua de mi fuente!
¡Lástima que en vez de agua
solo sueño nuestra muerte!

LA MADRE.— Déjame que te peine y que te arrope. Déjame que te diga y que no te diga. Déjame que te pregunte por los frutos de oro. Déjame que me vaya después de ti. Me sobra todo equipaje, pues con tus versos me basta.

EL POETA se gira y mira a LA MADRE.

EL POETA.— (*Amable*) Madre, cuando me encuentre, sonría, y dejaré que me peine.

LA MADRE, quien no lo ha visto ni oído, saca un peine de su propio bolsillo y peina al CAMINANTE 1. Al terminar, la mujer le besa la frente y le habla.

LA MADRE.— Antonio, ¿ya hemos llegado a Sevilla?

EL POETA.—

«Hoy buscarás en vano
a tu dolor consuelo.
Lleváronse tus hadas
el lino de tus sueños.
Está la fuente muda
y está marchito el huerto.
Hoy solo quedan lágrimas
para llorar. No hay que llorar, ¡silencio!»².

Llega el oscuro y se hace el silencio.

2 (Machado, 2010).

CAMINO DE LA FRONTERA

Zona 2

Les saisons, Op, 101. L'autonme. Isaac Albéniz.

En la escalinata derecha, EL CAMINANTE 1 hará de MIGUEL DE UNAMUNO quien mece a un bebé en sus brazos. En la de la izquierda, EL POETA lo contempla.

DON MIGUEL.— (*Mirando al cielo*) Mi hijo grita en silencio. Mueve una mano. No más. A veces ríe. A veces llega hasta mi pecho y le doy un beso. Y un día, de repente, te lo llevas... (*Advierte la presencia del POETA*) Buenas noches, amigo...

EL POETA le saluda con la mano.

DON MIGUEL.— (*Mostrándole al bebé*) Ellos no sufren porque no saben qué sucede. Yo siempre había querido tener hijos. Era uno de mis sueños. Me encantan los niños. Disfruto mucho jugando con ellos.

EL POETA.— Sé que les regalaba pajaritas y gorros de papel.

UNAMUNO asiente feliz.

EL POETA.— Yo nunca los tuve. Leonor se fue. Y Guiomar nunca existió.

DON MIGUEL.— ¿Sabe? Yo soñé esta tragedia y se la conté a mi mujer nada más despertar. Y se cumplió.

EL POETA.— No se culpe, maestro.

DON MIGUEL.— ¿Usted sueña?

EL POETA.— (*Divertido*) Una vez soñé con usted. Estaba vestido de fraile y cantaba "La Marsellesa". Nos casaba a mi amada y a mí donde antes me había casado yo.

UNAMUNO sonrío.

EL POETA.— Siempre he admirado su valentía.

DON MIGUEL.— Se lo agradezco. Pero detrás de todo eso que usted tanto admira, está la duda, mi duda que es pasión y contradicción, con lo cual no queda nada. Qué le vamos a hacer. Por eso miro a los cielos cada día y le pregunto a Él por qué se lo llevó. Pero solo me llega su silencio. Me voy a volver loco, don Antonio. No puedo dormir y solo puedo llorar. Le rezo y no le encuentro por ninguna parte. Le pido una prueba para saber si existe, y nada, amigo, nada. Yo solo quiero que me devuelva la fe o al menos que me dé consuelo en vida. Le abandoné. Lo sé. Y tal vez por eso me castiga de esta forma.

EL POETA.— Él también le dio la calma en sus peores momentos.

DON MIGUEL.— Pero nunca llegó el milagro, sino al contrario: más dolor. Yo tenía fe pero luego empecé a dudar. Pensé demasiado, y pensar fue mi castigo. Y con el pensamiento, maté a mi fe.

EL POETA.— Feliz aquel que piensa en la muerte en el seno del dolor, me decía usted...

DON MIGUEL.— (*Sonríe*) El dolor o la sustancia de la vida... Por cierto, ¿y su vida? ¿Dónde se la ha dejado? Veo que ya ha emprendido su camino. Yo también lo tuve que hacer en su momento. Me obligaron. Crucé el océano y en una isla me vi cautivo.

EL POETA.— Cruzando estoy las montañas en busca del mar.
Atrás voy dejando amores, versos, patria, recuerdos... Mi verdadero equipaje, don Miguel.

DON MIGUEL.— Nuestra patria... ¡Cuántos quebraderos de cabeza nos ha dado a usted y a mí! Me llamaron incluso hereje y al mismo tiempo me hicieron santo.

EL POETA.— ... porque una de las dos Españas ha de helarte el corazón...¹²

DON MIGUEL.— Estuve en los dos lados y eso me convirtió en testigo de la brutalidad, del crimen, de la vergüenza ajena. Pero ni usted ni yo somos la España que bosteza.

EL POETA.— Y mucho menos la que muere.

DON MIGUEL.— Ni la que se arrodilla. Si cada vez que un perro nos ladrara nos tuviéramos que detener...

EL POETA.— ... no llegaríamos a nuestro destino...

DON MIGUEL.— (*Tras intercambiar unas sonrisas de complicidad, suspira y sigue*) Somos la España que quiere vivir.

EL POETA.— Poniendo nuestra vida en juego.

DON MIGUEL.— Si es para alertar a tu patria, qué importa. Nosotros entre verso y protesta nos contentábamos con elogiar los campos de Castilla.

EL POETA.— Áspera a veces, y a veces sublime.

DON MIGUEL.— Yo cambié mi religión por aquellos paisajes. ¿Y sabe una cosa? A veces pensaba que Dios me había enviado para salvar a nuestro país; que era yo su instrumento para sacudir las almas.

EL POETA.— (*Sonriendo*) Usted fue mi guía y yo su discípulo. El mismo paisaje... Los mismos hombres... Los mismos campos...

12 (Machado, 2010).

DON MIGUEL.— Los campos eran hombres y el hombre era el propio campo...

EL POETA.— La erosión empuja a sus hijos al mar...

DON MIGUEL.— ... encinas pardas...

EL POETA.— ... encinas pardas y negras...

DON MIGUEL.— ... álamos y matorral... El labriego arando en su mula... Todo esencia...

EL POETA.— Y de cuando en cuando, la sombra de Caín...

DON MIGUEL.— No se equivoca, no. Pero no debemos olvidar la fortaleza de quienes cultivan la tierra sin importarles las heladas del invierno o el sol que los quema en el verano. Hijos son de esa dureza.

EL POETA.— Y de rudos caminantes. Pero me duele haber encontrado también vicios y crímenes en esos páramos, Don Miguel. Ni danzas ni canciones en esa Castilla que tanto honramos.

DON MIGUEL.— (*Al bebé, meciéndolo con suavidad*) Cuando mi hijo nació, pensábamos que estaba ciego... (*Al POETA*) Yo no quiero que la nieve lo sepulte todo, amigo mío... (*Al bebé*)

«Duerme, flor de mi vida,
duerme tranquilo,
que es del dolor el sueño
tu único asilo»¹³.

(*Al POETA*) He de llevarlo a su cuna para que siga soñando.
Si me disculpa...

Comienza a bajar los escalones.

EL POETA.— Don Miguel...

13 (Unamuno, 1997).

UNAMUNO se detiene y lo mira.

EL POETA.— Mientras dormimos, ¿vencemos al Tiempo?

DON MIGUEL.— Yo ya no estoy en ese torbellino.

EL POETA.— ¿Y yo? ¿Podré ser libre ahora, maestro? Usted me provocó las preguntas y yo ahora busco respuestas.

DON MIGUEL.— Aún tiene que llegar usted al mar, igual que yo.

EL POETA.— Me despierto en mitad de la noche porque he visto a mi alma en sueños, como un río.

DON MIGUEL.— Es en el sueño donde tomamos la fuerza necesaria para encontrar la verdad, algo que usted y yo hemos perseguido. (*Antes de hacer mutis, levanta al bebé hacia los cielos y le habla a las alturas*) Solo sabía sonreír. Este tierno idiota se fue sin saber quiénes éramos su madre y yo. Tú que todo lo ves desde tus cielos callados, ¿por qué has dejado de mirarme? (*Mece al bebé y lo besa*) Dame fe, Dios mío, y así sabré que habrá otra vida. (*Al no tener respuesta del cielo, se resigna y le vuelve a cantar al bebé*)

«Pronto vendrá con ansia
de recogerte
la que te quiere tanto,
la dulce Muerte»¹⁴.

EL POETA.— Su presencia sigue en mí.

DON MIGUEL.— Y en mí sigue el efecto de mi presencia en usted. (*Sonriéndole*) Hágame caso. Siga soñando.

EL POETA le dedica un breve reverencia y UNAMUNO asiente y sonrío agradecido ante el gesto.

14 (Unamuno, 1997).

DON MIGUEL.— (*Cantando mientras sale de escena*)

«Dormirás en sus brazos
el sueño eterno,
y para ti, mi niño,
no habrá ya invierno»¹⁵.

EL POETA y el oscuro le despiden con la mano.

15 (Unamuno, 1997).